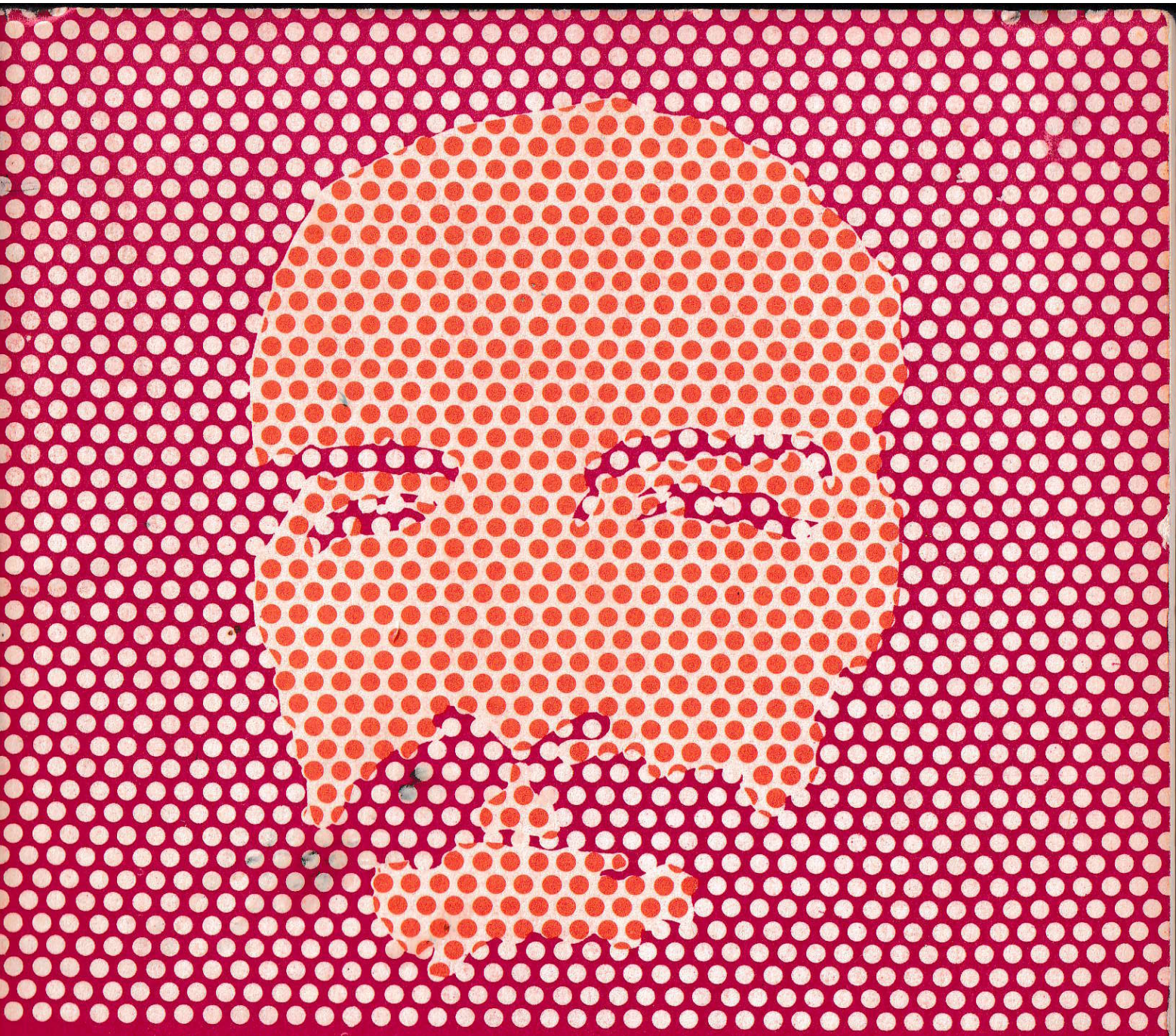


RAUL CASTRO RUZ

VELADA CONMEMORATIVA POR EL XX ANIVERSARIO DE LA DESAPARICION FISICA DEL COMANDANTE CAMILO CIENFUEGOS

VELADA CONMEMORATIVA POR EL XX ANIVERSARIO DE LA DESAPARICION FISICA DEL COMANDANTE CAMILO CIENFUEGOS

RAUL CASTRO RUZ

28 DE OCTUBRE DE 1979

EDITORA POLÍTICA, La Habana, 1979

EDITORA POLITICA

Unión de Empresas de Medios de Propaganda, adjunta al Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Avenida 41 No. 2202, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

Discurso pronunciado por el General
de Ejército Raúl Castro Ruz, Segundo Secretario
del Partido Comunista de Cuba y Primer
Vicepresidente del Consejo de Estado
y del Consejo de Ministros, en la velada
conmemorativa por el XX aniversario
de la desaparición física del inolvidable
Comandante Camilo Cienfuegos.

Teatro "Karl Marx".
Ciudad de La Habana.
28 de octubre de 1979,
"Año 20 de la Victoria".

Compañeros:

Se dice con razón que el tiempo es el juez más severo de los hombres y de sus actos; el que implacablemente hace desaparecer lo perecedero, condena al olvido lo intrascendente y registra el acceso a la posteridad de lo que por esencial sobrevive y se afirma con el paso de los años. En el vigésimo aniversario de la desaparición del comandante Camilo Cienfuegos, podemos decir que fue muy preciso el Che al formular la sentencia que preside este acto: "En su renuevo continuo e inmortal, Camilo es la imagen del pueblo" (**Aplausos**).

Tiene que ser recia una personalidad para que en un paso tan breve por la vida, deje una huella tan honda como la de Camilo, que al morir contaba apenas 27 años. Cuando de hombres como él se trata, la muerte puede suprimirlos físicamente, pero no impide que en toda su dimensión de historia y leyenda popular, su figura y su legado trasciendan el tiempo y se proyecten con fuerza al porvenir.

En Camilo se personifican las más elevadas cualidades del carácter nacional cubano, las más altas virtudes del combatiente revolucionario, de los méritos y las condiciones personales que convierten al luchador en un militante y al militante en un dirigente. Si

nos preguntaran cómo deseamos que surjan y se desarrollen los conductores del futuro, los nuevos cuadros que paulatinamente deberán asumir responsabilidades de dirección, los sucesores de las generaciones de revolucionarios que hoy conducen la Revolución, nos bastaría con decir: que surjan del pueblo, por los caminos del mérito y el fragor del combate; que surjan como, sin proponérselo, surgió Camilo. Y Camilo vive entre nosotros en esa dimensión inmortal que el pueblo confiere a los hombres en cuya vida puede encontrarse reflejado el más humilde y sencillo de los trabajadores, y advertirse, al mismo tiempo, la conciencia, el talento y el fecundo quehacer de los líderes populares.

Evocar a Camilo es revivir las circunstancias más adversas y difíciles que en la república burguesa debían enfrentar los hombres y mujeres del pueblo; es exaltar las gloriosas jornadas de la última etapa de la centenaria lucha liberadora de las masas, es enfrentar el porvenir con el optimismo que infunde la certeza de la victoria.

La vida de Camilo fue tan breve como intensa. Nacido en el seno de una humilde familia trabajadora, recorrió rápidamente el camino de niño a hombre, a los 17 años se convirtió en obrero y a los 20 es ya un emigrado que padece los sinsabores del latino pobre que va a Estados Unidos en busca de trabajo; a los 23 derrama su primera sangre por la Revolución y es fichado por los cuerpos represivos de la tiranía que lo califican de comunista; y en 1956, sin haber participado con anterioridad en el movimiento y sien-

do virtualmente un desconocido, a fuerza de tesonera persuasión, logra ser admitido entre los expedicionarios del Granma; y en apenas algo más de dos años deviene uno de los más prestigiosos y esclarecidos entre los comandantes rebeldes que produjo la insurrección popular que culminó con la victoria de enero de 1959.

Camilo fue un hombre de su tiempo, un joven que padeció los rigores que el capitalismo reserva a los hijos de la clase trabajadora, y que en el seno de un humilde hogar, recibió una formación que por ejemplar sirve de modelo a los padres de hoy y confirma la enorme influencia que el medio familiar ejerce en la formación de las nuevas generaciones.

Según cuenta su padre, muy pequeño aún, Camilo lo acompañaba a realizar colectas para socorrer a las víctimas de la guerra civil española, él mismo hacía economías, acopiaba sus centavos y los entregaba al padre para apoyar una causa que a sus ojos infantiles se revelaba justa. Junto a las primeras letras, Ramón y Emilia enseñaron a Camilo los preceptos que hacen al hombre, al patriota y al ciudadano, y le inculcaron los valores que una vez interiorizados, regulan la conducta y preparan para asumir posiciones de principio en todas las alternativas.

Al arribar a la vida laboral activa, Camilo desempeñó los trabajos más modestos. Con la misma dignidad y honradez con que sería comandante y dirigente popular, fue dependiente y mozo de limpieza. En su mente abierta no ocupó nunca lugar la idea de que cualquier trabajo, realizado con dignidad, pudiera

intuición como Camilo, perfilaron su ideario y profundizaron su visión de la lucha al calor de ese magisterio, antes y después del Moncada, Camilo llegó a las mismas conclusiones que le condujeron a México por sus propios caminos.

La guerra revolucionaria fue el crisol donde se forjó aquella generación de revolucionarios, el tamiz muchas veces más fino donde el quehacer de la lucha decantó al material humano, destacando lo mejor entre lo bueno. Por ese proceso que pudiéramos denominar de selección natural, él, que como dijera el Che: "Vino en el Granma como una cosa más entre las ochenta y dos cosas...", se convirtió, a golpes de esfuerzo cotidiano, primero en un magnífico soldado, luego en todo "un señor de la vanguardia" y más tarde en un insuperable jefe guerrillero, maestro en el arte de mandar sus tropas y maestro en el arte de cultivar en los hombres las mejores cualidades.

Los que compartimos los días iniciales de la guerra, recordamos cómo en el transcurso de los primeros combates, Camilo se destacó como un combatiente extraordinario, valiente hasta la temeridad, astuto en el arte difícil de prever las maniobras del enemigo, y diestro en el manejo de las armas. No pareció nunca un bisoño y, en sentido estricto, nunca fue un novato. Llegó a la Sierra como si siempre hubiera vivido entre montañas, y se relacionó con los campesinos como si fuera uno de ellos.

En atención a sus dotes nada comunes, fue ascendido a teniente y nombrado jefe de la vanguardia de

nuestra columna mandada personalmente por Fidel, quien años después, rememorando esta etapa, decía:

"Durante los años de la lucha en las montañas, nosotros siempre nos preocupamos mucho por nuestra vanguardia, porque tenía tareas muy especiales y muy importantes: la primera unidad en chocar con el enemigo si se emboscaba en los caminos, cuidar la ruta, montar guardia permanente ¡y allí, en el pelotón de la vanguardia de nuestra columna, estaba Camilo!" —concluía Fidel.

Luego se gana los grados de capitán y es transferido a la tropa mandada por el Che, donde también ofrece numerosas muestras de su arrojo y su valor. El azar quiso que estos dos hombres, de talla genuinamente histórica, nacidos en lugares distantes miles de kilómetros y educados en condiciones sociales cuyas diferencias se diluyen en el común ambiente de sus respectivos hogares, se encuentren en la empresa de la liberación de nuestra patria, forjaran una amistad digna de figurar en la mejor antología y de servir de modelo de lo que deben ser los compañeros, los amigos y los hermanos.

Aparentemente ninguna razón particular tendía a unirlos, ni se podía presumir que el carácter de uno y otro los identificara de tal modo. Cuando el Che llegó a nuestro grupo tenía ya una ideología política madura, una vasta cultura humanística, una formación teórica cuidadosamente cultivada, y atesoraba sus virtudes de andarín americano; había participado en una experiencia revolucionaria y tenía de la vida y la obra

"Más fácil me será dejar de respirar que dejar de ser fiel a su confianza. Siempre a sus órdenes" **(Aplausos)**.

Ya en abril de 1958, este intrépido comandante propone a la jefatura extender sus acciones a la provincia de Camagüey. Fidel le responde diciéndole: "No te preocupes por no poder satisfacer ahora tus deseos de visitar Camagüey; queda mucho terreno todavía por delante y nosotros vamos hacia La Habana..."

Ante la inminencia de la ofensiva de la tiranía que concentraba grandes fuerzas contra el territorio liberado, Fidel decide concentrar el grueso del potencial del Ejército Rebelde y mediante una compleja maniobra reagrupar las fuerzas. A tal efecto da a Camilo la orden de cruzar nuevamente las líneas enemigas y regresar a la Sierra donde, según sus conclusiones, se produciría "una batalla de mayor trascendencia".

A los pocos meses, la historia se repite, y de nuevo es Camilo el escogido para llevar a cabo una de las más importantes misiones del plan estratégico del Ejército Rebelde: la invasión a occidente. Esta vez tiene ante sí la tarea de conducir su columna hasta la provincia de Pinar del Río y operar allí contra la tiranía. De nuevo la orden de Fidel lo hermana con el Che, que recibe una encomienda semejante referida a la región central. Ambos cuentan con amplias atribuciones del Comandante en Jefe, y de hecho son designados jefes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en las zonas donde operen.

La misión encomendada a Camilo era realmente difícil y, sobre todo, muy compleja; su tarea no consistía en combatir a lo largo de la ruta sino atravesar el país y preservar sus fuerzas para dar batalla en la región occidental. Se necesita audacia, valor a toda prueba, voluntad de acero y una capacidad operativa desarrollada para acometer semejante empresa, que incluía atravesar los llanos de Camagüey, cruzar la región central y burlar las enormes fuerzas que la tiranía concentraba en el centro del país; por último era imprescindible atravesar La Habana que, como centro político y administrativo, contaba con una poderosa guarnición.

La preparación de Camilo para la invasión consistió, básicamente, en un estudio minucioso del teatro de las futuras operaciones y en la obtención de contactos con la organización del movimiento en esos territorios. Especial atención prestó al análisis de las experiencias de la guerra de 1895, donde se puso en práctica una operación similar, llevada a cabo por las tropas al mando de Antonio Maceo.

Recibida la orden, Camilo partió de la Sierra Maestra; atravesó no sin grandes dificultades parte del territorio oriental y toda la provincia de Camagüey; a su paso resolvió innumerables problemas relacionados con el movimiento revolucionario: nombró jefes, reorganizó estructuras, fortaleció la disciplina y estableció frecuentes contactos con la población. Dos razones explican esta conducta: el desarrollado sentido de la guerra de Camilo que le permitía comprender que semejante operación depende mucho de las condi-

ciones que creara a su paso y, sobre todo, de disponer a sus espaldas de una retaguardia que asegurara las comunicaciones con el mando y estuviera presta a cualquier alternativa. Por otra parte, no le interesaba su gloria personal, por encima de todo apreciaba los intereses del movimiento en su conjunto. En ningún momento se apresuró, y en pocos casos retardó su avance preocupado por lo que pudiera ocurrirle a la columna comandada por el Che, a la que prestó toda la ayuda que fue posible.

Ya en territorio villareño, la situación en que debía operar se complicó extraordinariamente. Además de las fuerzas del 26 de Julio, del Directorio Revolucionario y del Partido Socialista Popular, había en esa zona grupos, relativamente numerosos y bien establecidos, formados por elementos politiqueros que pretendían capitalizar a su favor los resultados de la guerra.

Si bien es cierto que entre las fuerzas genuinamente revolucionarias existían discrepancias menores, Camilo tuvo que enfrentar problemas de gran complejidad política, agravados por las dificultades para comunicarse con la Comandancia en la Sierra, incluso con el Che.

Camilo mostró en el manejo de estos asuntos seguridad, prudencia y el tacto que requerían. Con ejemplar modestia no usó de inmediato las atribuciones que le había concedido el Comandante en Jefe, y actuó tratando de preservar la unidad y de ganar el tiempo necesario para recibir instrucciones de Fidel y establecer los contactos con el Che, al que respe-

taba profundamente y con quien consultaba para la solución de los más complejos problemas.

Ante la situación militar existente en todos los frentes y la coyuntura política que comenzaba a perfilarse y que permitía apreciar que la caída de la tiranía era inminente, Fidel ordena a Camilo permanecer en territorio villareño y operar allí, y para comunicárselo utiliza palabras que calan muy hondo en él: "Con lo que han hecho ya —decía Fidel en su mensaje— bastaría para ganarse un lugar en la historia de Cuba y de las grandes proezas militares" —y concluye Fidel su carta— "Con las columnas invasoras están nuestro prestigio, nuestra historia y nuestro pueblo. Repito que nada ni nadie las podrá detener."

La estancia en Las Villas es un breve y aleccionador período en la vida de Camilo; allí entró en contacto con numerosos y complejos problemas de naturaleza política, los resolvió sabiamente; y maduró sus puntos de vista acerca de quiénes eran patriotas y quiénes logreros, quiénes revolucionarios y quiénes oportunistas, y trazó entre ellos una nítida línea divisoria. Se compenetró fraternalmente con los compañeros del Directorio Estudiantil y del Partido Socialista Popular; respetó sus puntos de vista; dejó para más adelante los problemas menores, y dedicó sus energías a lo que era esencial: la lucha contra la tiranía.

En Las Villas, según tenía como norma, Camilo se ligó mucho al movimiento obrero y campesino; apoyó la iniciativa para la celebración del Congreso Azucarero y prestó toda su ayuda a la solución de los problemas que creaba su convocatoria; aplicó las leyes

revolucionarias en el territorio liberado y se preocupó extraordinariamente por la solución de los problemas sociales, especialmente los relacionados con la educación y la alfabetización.

Al producirse el triunfo popular, Camilo estaba hecho para mayores empeños, y era un hombre políticamente maduro. Como diría el Che: "Camilo era Camilo"

No fue preciso completar la misión asignada, en lo que influyó enormemente la fulminante campaña que él y el Che desarrollaron en territorio villareño con el concurso de la activa participación de los destacamentos rebeldes de las fuerzas revolucionarias que operaban en la provincia, que junto a los éxitos obtenidos en el resto de los frentes, especialmente el descalabro de la tiranía en Guisa y la batalla de Oriente, con el virtual cerco de una gran parte del ejército de la tiranía en dicha provincia, crearon una situación sin salida y precipitaron la huida del tirano.

Quienes estaban junto a Camilo en aquellos días refieren que se sintió inmensamente feliz; había concluido la guerra, se iniciaba para el país una nueva vida y se regocijaba, además, porque la historia quiso que el mérito de conducir una columna revolucionaria de Oriente a Pinar del Río fuera reservado solo a Antonio Maceo que, junto a José Martí, era objeto de la permanente devoción de Camilo.

Como para todos los que en ella participaron, para Camilo la guerra revolucionaria fue una escuela y una

fragua, una etapa de duro aprendizaje, en la que encontró el medio adecuado para desarrollar a plenitud su capacidad y su valor, cultivar su inteligencia y adquirir la talla del jefe militar, el dirigente político y la amplitud de miras de quien, además de brindar un aporte personal, desempeñaba funciones dirigentes.

Si en México se presentó un joven rebelde pidiendo un puesto en la lucha, en los primeros meses de la guerra vimos crecer en él a un soldado disciplinado y riguroso en el cumplimiento de su deber, y al poco tiempo emerger un jefe extraordinariamente capaz.

Al producirse el triunfo popular, Camilo estaba hecho para mayores empeños, y era un hombre políticamente maduro. Como diría el Che: "Camilo era Camilo" (**Aplausos**). Semejante proceso no se operó con la facilidad con que se describe, fueron meses de intensas luchas, de confrontación e intercambio de puntos de vista, de aciertos y reveses.

Y es que, como enseñara Lenin, "en tiempos revolucionarios, millones y millones de hombres aprenden en una semana, más que en un año entero de vida rutinaria y somnolienta".

Cuando se produjo el triunfo revolucionario ya el pueblo conocía a Camilo, había oído hablar de él y había comenzado a forjar esa historia nunca escrita, que da lugar a las leyendas que el pueblo conserva en su memoria colectiva, y trasmite de generación en generación como parte indisoluble de su acervo cultural.

La imagen que de Camilo se habían forjado las masas por sus proezas guerrilleras, se consolidó desde su primer contacto después del triunfo. Todo el pueblo

engendrar la criatura y hacerla crecer, después llegaría el momento de darle nombre.

Estábamos obligados a ser muy cuidadosos en los pronunciamientos públicos, y era nuestro Comandante en Jefe quien, con su ejemplo, establecía los límites que estos debían tener; Camilo, como todos, se ceñía a esa norma y trabajaba por lo que entonces todos considerábamos más importante: llevar adelante las transformaciones socioeconómicas, ante todo, la primera Ley de Reforma Agraria, que como el Rubicón de la Revolución polarizó las fuerzas y se inicia con violencia la lucha de clases. A su vez, Fidel conducía también la batalla por fortalecer la unidad entre todos los revolucionarios y la de estos con el pueblo trabajador.

Todos recordarán que en los primeros meses los elementos burgueses trataban de congraciarse con las autoridades revolucionarias, incluso de dar alguna ayuda para chantajearnos después. Camilo fue el autor de aquella expresión que prendió de inmediato en las masas y caracterizó los primeros tiempos: "Con novillas o sin novillas, les partimos la siquitrilla" **(Aplausos)**.

Camilo vio siempre en los obreros y campesinos las fuerzas sociales en que la Revolución debía sustentarse

En la mente de Camilo no tuvieron cabida nunca los estrechos sectarismos, tenía un desarrollado sentido del carácter clasista de la lucha, y vio siempre en los

obreros y campesinos las fuerzas sociales en que la Revolución debía sustentarse.

No es en modo alguno casual, el hecho de que Camilo fuera el encargado de resolver diversos problemas creados por elementos oportunistas y ambiciosos infiltrados en el propio Ejército Rebelde, en las organizaciones revolucionarias de varias poblaciones, de los cuales el más conocido e importante fue el que tuvo lugar en Camagüey durante el mes de octubre de 1959.

La situación que allí se creó era realmente delicada porque la contrarrevolución, valiéndose de elementos traidores, trató de confundir a los soldados y oficiales rebeldes destacados en aquella guarnición y porque la naturaleza del problema que pretendió presentarse como un cuestionamiento ideológico encubría en realidad una conducta abiertamente sediciosa. Es altamente revelador que ante tan delicada situación, Fidel escogiera precisamente a Camilo para iniciar el enfrentamiento y someter a los sediciosos.

El sentido de esta selección consiste en que Camilo no podía ser atemorizado, ni podía ser confundido.

Nadie que conociera a Camilo duda que él hubiera contribuido enormemente a impulsar la Revolución y que hubiera trabajado por hacerla avanzar, consolidarla y defenderla, porque esta Revolución era y es la suya.

Saludamos por ello desde esta tribuna la aparición del libro **Camilo, señor de la vanguardia**, del compañero William Gálvez, una de cuyas virtudes es pre-

cisamente que muestra cómo Camilo se convierte, paso a paso, en un hombre del Partido, cuya construcción no alcanzó a ver.

En la actual coyuntura en que todo el pueblo se esfuerza por llevar adelante las tareas de la edificación socialista y superar las deformaciones que se han engendrado en nuestra sociedad, Camilo sería un abanderado de la disciplina, un defensor intachable de los principios, un combatiente de primera línea por la eficiencia y un defensor de las posiciones exteriores de nuestra Revolución, cuya esencia él resumió aun antes de su incorporación a los expedicionarios del Granma, al expresar: "Esos que luchan, no importa dónde, son nuestros hermanos."

Compañeros:

No es posible concebir el homenaje nacional a Camilo Cienfuegos, en el vigésimo aniversario de su desaparición física, sin vincularlo a nuestros quehaceres, logros y problemas del presente.

Tal vinculación resulta algo natural, porque lo que dio sentido a la vida de Camilo y le proporcionó la posibilidad de materializar ese afán de ser útil a su clase, de servir a su pueblo, de salvar y enaltecer a la patria, que regía la conducta de Camilo de un modo tan apasionado como reflexivo, fue precisamente esta Revolución, de la cual fue uno de sus artífices y por cuya consolidación trabajaba infatigablemente y sin reparar en riesgos personales cuando abruptamente nos vimos privados de su excepcional contribución.

Consideramos por ello muy propicia esta solemne ocasión en la que honramos a un luchador como Camilo, y reflexionamos en el hecho de que su muerte tiene lugar en el curso del trabajo revolucionario encaminado a liquidar las consecuencias de una traición alentada por el imperialismo y propiciada por las vacilaciones, el oportunismo y la cobardía, para referirnos a la tensa y difícil coyuntura que enfrenta nuestro país.

Cuando perdimos a Camilo, nuestro enfrentamiento con el gobierno imperialista de Estados Unidos ya era un hecho y se perfilaba muy nítidamente su ulterior desarrollo. Se iniciaba entonces "el pecado original de la Revolución Cubana", el decidirnos a suprimir el dominio neocolonial y desarrollarnos como una nación libre e independiente.

Veinte años más tarde, entre nuestros vecinos del norte parecen prevalecer los que no se resignan a respetar o coexistir con esa decisión soberana. Tal es la conclusión elemental que se desprende de las acciones provocadoras y hostiles gestadas y conducidas por la actual administración de Washington.

Todos conocemos los acontecimientos artificiales que se prefabricaron en altas esferas del gobierno estadounidense, para hacerlos coincidir con la apertura en nuestro país de la VI Cumbre de los Países No Alineados. Nuestros puntos de vista, al respecto, fueron expuestos públicamente por el compañero Fidel.

Ahora quedan ante nosotros las consecuencias visibles de esa aventura, la injustificada y peligrosa

escalada militarista norteamericana en el Caribe, el reforzamiento bélico en el océano Índico, la impúdica "autorización" oficial al espionaje yanqui sobre el planeta, y en particular sobre el espacio aéreo de Cuba, en un típico acto de soberbia y prepotencia imperial. Todo ello al compás de un torrente de discursos matizados con la más pobre retórica electoral.

No en balde las voces sensatas de América Latina y el Caribe, incluyendo esferas gubernamentales, donde predomina hoy el sentido de dignidad nacional y se abre paso una conciencia latinoamericanista y solidaria, se han levantado para expresar su desaprobación a tales medidas, hijas en el fondo de mezquinos intereses electoreros y de la clásica política imperialista que combina el garrote con la zanahoria.

Después de agitar fantasmas que curiosamente visten y calzan en Estados Unidos y de haber escenificado una estridente algarabía de claros fines electoralistas, la administración norteamericana instaló un cuartel general en Cayo Hueso para comandar a sus llamadas fuerzas mixtas, cuerpo que enfilan directamente contra la creciente voluntad de progreso social y democracia en el área caribeña y centroamericana: legalizan y aceleran la formación de unas tropas de desembarco rápido, integradas por más de 100 000 soldados, proyecto amasado desde tiempos atrás, especialmente dirigido a preparar intervenciones militares en el golfo Pérsico, y que ahora incluyen en el conjunto de medidas que anunció Carter el pasado día primero, penetran las aguas de la región del Caribe con una caravana de 25 buques de guerra con

fines intimidatorios y, por último, ofrecen una nueva prueba de su desprecio a la soberanía de las naciones de este hemisferio, con el reciente desembarco de marines en la Base de Guantánamo.

Lo menos que esperábamos de nuestros adversarios era que mantuviesen un nivel de seriedad y responsabilidad en sus declaraciones y en su ejecutoria

Con entera honestidad tenemos que confesar que, después de más de dos décadas de enfrentamientos con las sucesivas administraciones de Estados Unidos, algunos de los cuales llegaron a despertar la espectativa mundial, lo menos que esperábamos de nuestros adversarios era que mantuviesen un nivel de seriedad y responsabilidad en sus declaraciones y en su ejecutoria.

Sin embargo, hoy tenemos que admitir que los acontecimientos referidos han menguado, en mucho, nuestras aspiraciones de encontrar las vías para examinar las cuestiones en litigio dentro de las normas civilizadas y de respeto mutuo que postula la comunidad internacional.

Más recientemente, la propia prensa norteamericana reveló la existencia de un memorándum del presidente Carter conocido por la directiva 52, dondo se formalizan un conjunto de medidas abiertamento anticubanas y se pretende justificar el criminal bloqueo yanqui contra Cuba, con el cual los imperialis-

tas originalmente intentaron rendirnos por hambre, después entorpecer nuestro desarrollo, y a largo plazo pretenden fomentar el descontento del pueblo.

No obstante, nosotros continuaremos teniendo la paciencia suficiente; no accederemos a ninguna provocación de los que, con estrechos y mezquinos intereses, son capaces de poner en peligro la paz mundial.

La propia directiva 52 del presidente Carter constituye un claro mentís a sus injurias, y revela que ellos no tienen otra alternativa más que adecuarse a la irreversible realidad de que nuestro país no puede ser intimidado, ni sobornado, ni comprado (**Aplausos**).

Con el optimismo propio de los comunistas, continuaremos esperando a que en la política de la administración norteamericana hacia Cuba, prevalezcan la sensatez y el realismo; tal vez sea necesario para ello que desaparezcan los brujos detrás del trono que acostumbran a contratar los presidentes de ese país.

Ante las nuevas provocaciones y amenazas, que sirven para matizar el próximo proceso electoral norteamericano, nos mantenemos serenos, continuamos imperturbablemente nuestros planes de preparación combativa y política, y comprobamos que están, en su nivel correspondiente, las medidas y los medios que resultan necesarios para garantizar con eficacia la defensa de nuestro territorio nacional y de las conquistas de la Revolución (**Aplausos**).

De igual modo, nosotros, los dirigentes del Partido y el gobierno, como sabe nuestro pueblo, no somos

ajenos a nuestras dificultades de carácter interno, poseemos una información detallada sobre los diversos problemas que existen en los grandes campos de la economía y los servicios, a la vez que conocemos múltiples ejemplos sobre deficiencias de diversa índole.

Pero hay algo que es aún más importante, y es que nosotros también con el pueblo pensamos que es el momento de aplicar, sin preámbulos dilatorios, medidas concretas para resolver, con toda decisión y sin justificaciones retardatarias, los problemas que entorpecen el desarrollo, dificultan el normal desenvolvimiento de la sociedad y crean justificadas irritaciones en el barrio, en el centro de trabajo, en el hospital, en la escuela, en cualquier lugar (**Aplausos**), donde la irresponsabilidad, la desorganización y la falta de exigencia hayan podido crecer como el marabú.

En este sentido nos preguntamos si, como los señalamientos sobre los errores, debilidades y deficiencias son generales, pueda existir algún colectivo específico, un dirigente administrativo o político en particular, que al escuchar los señalamientos críticos lo hagan pensando que eso va dirigido a otros y que ellos, o él, están inmunizados contra las deformaciones que se señalan y, por tanto, consideren innecesario, o lleguen a rechazar, un sistemático y profundo análisis crítico y autocrítico de la gestión que tienen en sus manos.

Los intereses de nuestra clase obrera y del pueblo en su conjunto constituyen el valor más alto de la patria, la razón misma de ser la Revolución (**Aplausos**); los que no respeten ese principio, expresado en el correcto cumplimiento de la responsabilidad asignada,

tienen que ser sancionados, y si los encargados de mantener la disciplina no son capaces de hacerlo, entonces son ellos los que deben ceder su lugar a cuadros más resueltos y capaces (**Aplausos**).

Algunos de nuestros problemas y dificultades más apremiantes son ampliamente conocidos. Primero, a través de la Resolución del VIII Pleno del Comité Central; inmediatamente después por la intervención del compañero Fidel en el último período de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular, donde señaló críticamente la proliferación de la indisciplina laboral y la falta de exigencia administrativa como factores subjetivos que se suman a dificultades de otro tipo que, por razones verdaderamente justificadas, no dependen de nosotros, como son los casos de los bajos precios que hasta el presente ha sufrido el mercado internacional azucarero, en contraste negativo con los cada vez más altos precios de productos que inevitablemente tenemos que adquirir en el área capitalista.

Tomando la Resolución del VIII Pleno y los pronunciamientos de Fidel, el Buró Político del Comité Central de nuestro Partido adoptó una resolución donde reiteraba esos planteamientos y trazaba orientaciones muy concretas a los organismos de base sobre la línea a seguir en todo el país.

Como muy claramente se dijo en esa resolución del Buró Político, estas pautas de comportamiento no tienen nada que ver con una campaña transitoria, y sí con un permanente y sistemático estilo de trabajo, al que consideramos elemento esencial, decisivo, para garantizar el adecuado desenvolvimiento de los planes de desarrollo económico y social.

Esta reacción decidida y firme ante lo mal hecho debe caracterizar también el enfrentamiento a las dificultades y los imponderables de carácter objetivo del presente, entre ellos algunos derivados de la crisis económica del sistema capitalista a escala mundial que, inevitablemente, repercute en nuestra economía, así como de fenómenos climatológicos y naturales que más recientemente han afectado el rendimiento de diversos cultivos, reduciendo sensiblemente nuestras disponibilidades de caña para la próxima zafra, todo lo cual, inevitablemente, se reflejará de modo negativo durante el entrante año de 1980 y aun en 1981.

Por nuestra parte continuaremos, de forma serena, profunda y totalmente ajena a cualquier extremismo, estudiando las medidas que debemos adoptar para enfrentar y resolver, gradualmente, los problemas que realmente dependen de una gestión más eficaz por parte de los organismos estatales, del Partido, de la Juventud Comunista, del movimiento obrero y demás organizaciones de masas.

En el futuro inmediato, yo diría cuanto antes nos resulte posible, debemos establecer con precisión esas medidas e iniciar su ejecución. La tarea de por sí es compleja y nos hemos visto ante la necesidad de compartirla con otras prioridades.

Recientemente, en su trascendental discurso ante la Organización de Naciones Unidas, el compañero Fidel describió de forma objetiva el sombrío cuadro que presentan la generalidad de los países del llamado Tercer Mundo, en el que viven más de 1 500 millones de seres humanos y cuyas economías no solo se es-

tancan, sino que tienden a retroceder. Habló allí, con tanta razón como fuerza moral, a nombre de los niños que no tienen un pedazo de pan para comer, preguntó quién podía hablarles de paz a los 450 millones de hambrientos y 900 millones de analfabetos que hay sobre el planeta, bosquejó la dramática situación de la salud pública en áreas que fueron víctimas del colonialismo y donde hoy la crisis mundial del capitalismo descarga con cínica frivolidad sus más nefastas consecuencias.

Cuba, sin embargo, gracias al carácter socialista de sus estructuras económicas, políticas y sociales, y a su fraterna y estrecha vinculación con la Unión Soviética (**Aplausos**) y demás países de la comunidad socialista, presenta un panorama distinto, no solo exento de ese grado de terribles miserias y calamidades, sino, además, con logros muy destacados en el aseguramiento de necesidades que resultan básicas para la subsistencia humana. Y esto, pudiéramos agregar también, a pesar de pagar todos los días el precio extra que exige el mantener una actitud viril e inclaudicable frente a las pretensiones de un criminal bloqueo económico, que este mes cumplió 19 años de existencia.

Las coyunturas difíciles permiten conocer a los que tienen los pies sobre la tierra y se sostienen firmes sobre ellos; tenemos la completa seguridad de que, como siempre a lo largo de nuestra historia, los vacilantes y asustadizos flaquearán, pero nuestro pueblo se crecerá ante las adversidades y alcanzará nuevamente la estatura de Camilo (**Aplausos**).

Hace ya más de 20 años, en el discurso pronunciado a su llegada a esta ciudad de La Habana, el compañero Fidel advertía:

"Creo que es este un momento decisivo de nuestra historia: la tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa. Y, sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en lo adelante todo será fácil; quizás en lo adelante todo sea más difícil."

Y añadía:

"Decir la verdad es el primer deber de todo revolucionario. Engañar al pueblo, despertarle engañosas ilusiones, siempre traería las peores consecuencias y estimo que al pueblo hay que alertarlo contra el exceso de optimismo" —concluía Fidel.

Nunca nos hemos llamado a engaño en cuanto al precio que nos haría pagar el imperialismo por abrir en América una nueva era de verdadera independencia, de soberanía, de progreso y bienestar para las masas, del cese de la explotación, de la discriminación y de la opresión

Hoy podemos decir sin el menor sonrojo que el compañero Fidel y la dirección revolucionaria que él encabeza, nos hemos mantenido fieles a este postulado. Nunca nos hemos llamado a engaño en cuanto al precio que nos haría pagar el imperialismo por abrir en América una nueva era de verdadera independencia, de soberanía, de progreso y bienestar para las masas,

del cese de la explotación, de la discriminación y de la opresión (**Aplausos**).

Nunca insinuamos siquiera que semejante desafío sería una empresa fácil; nunca ocultamos a la clase obrera, al campesinado revolucionario, a nuestro pueblo trabajador, las severas pruebas, las enormes dificultades, el titánico esfuerzo, el heroísmo de masas, la capacidad de sacrificio, la firmeza, el coraje, el patriotismo y la conciencia de clase que afrontaríamos y exigiría la decisión de dar respuesta a la necesidad histórica y cumplir nuestro compromiso de continuar la obra de los fundadores de la patria y los precursores de la Revolución, construyendo en Cuba, cara a cara con la potencia imperialista más poderosa del planeta, el primer Estado socialista del hemisferio occidental (**Aplausos**).

Tal vez sea esta una de las verdades que históricamente han ignorado o despreciado los enemigos de nuestro pueblo; tal vez sea esta una de las razones de principio que los estrategas del pentágono, los planificadores del Departamento de Estado y las tenebrosas eminencias de la CIA han pasado por alto y cuya ignorancia los ha conducido a sucesivos errores de cálculo en su criminal empeño de destruir la Revolución Cubana, desde la supresión de la cuota azucarera hasta la amenaza de exterminio atómico, pasando por los infentos de asesinar al compañero Fidel, los sabotajes y agresiones de todo tipo, la invasión mercenaria de Girón, el bandidismo, el cerco político y el bloqueo económico.

Al cabo de 20 años esas semillas han germinado y hoy constituyen un atesorado patrimonio de la pa-

tria, uno de los inconmovibles pilares de la Revolución: la fe, la confianza y la seguridad que las masas de nuestro pueblo depositan y tienen en el compañero Fidel, en nuestro Partido (**Aplausos**) y en el porvenir de nuestra patria socialista.

¡Jamás defraudaremos esa fe, esa confianza y esa seguridad nunca desmentidas! (**Aplausos.**)

Al propio tiempo, faltaríamos a la verdad si pretendiéramos que solo nuestros más encarnizados enemigos de clase resultan incapaces para comprender la fidelidad a toda prueba de las masas trabajadoras a su Revolución.

Ya durante nuestra guerra de liberación tuve la oportunidad de palpar que junto al heroísmo colectivo de los combatientes del Ejército Rebelde, de las masas de campesinos y obreros agrícolas que nos apoyaban, se registraban también casos aislados de vacilaciones, deserciones, e incluso costosas traiciones, entre elementos que hasta ese momento habían mantenido una conducta que permitía considerarlos como honestos luchadores contra la tiranía. Reflexionaba entonces que tales casos aparecían como consecuencia no necesariamente del temor a la muerte, sino por pérdida de fe en la victoria, derrotados por las dificultades. Es un hecho que, en ocasiones, apreciábamos que con el transcurso de los meses, la situación de la naciente guerrilla —a los ojos del que solo juzgaba las apariencias, o enfocaba el problema de modo unilateral— en vez de mejorar, empeoraba y

Nosotros, los revolucionarios cubanos, que con toda legitimidad nos hemos ganado el odio más feroz del imperialismo y la reacción mundial, y que construimos el socialismo en la vecindad inmediata del centro imperialista mundial, no podemos darnos el lujo de aceptar como inevitable tales deformaciones. Semejante tolerancia conduce a la inercia, estimula la indolencia, y resulta en suma incompatible con la moral y los principios que han hecho suyos la inmensa mayoría de nuestro pueblo y en nombre de los cuales ofrendaron hasta su último aliento hombres excepcionales como Camilo Cienfuegos, Che Guevara e innumerables hijos de nuestra clase obrera (**Aplausos**).

Sería del todo inconsecuente, por otra parte, que mientras llamamos a enfrentar las severas dificultades y los complejos problemas que tenemos por delante y pedimos a nuestro pueblo trabajador que redoble sus esfuerzos y asuma conscientemente los sacrificios que devienen inevitables en aras de la economía nacional y del bienestar de todos, permanezcamos impasibles ante fenómenos de esa naturaleza.

Disponemos de suficientes evidencias para afirmar que algunos cuadros del Partido y del Estado evaden el enfrentamiento a los elementos que han hecho de la indisciplina laboral y social, del irrespeto a la propiedad social y a las normas socialistas de convivencia un hábito; conocemos de militantes que no dan la batalla contra los que han interpretado a su modo la liberación de la explotación asumiéndola como liberación del trabajo, contra los que como verdaderos

parásitos viven a cuenta del sudor de los demás (**Aplausos**).

Y si la legalidad socialista entraña la elaboración, ejecución, acatamiento y defensa de las leyes del Estado Socialista, no debemos permitir que algunos tránsfugas, con argucias y subterfugios, pretendan ampararse en esa legalidad para violarla impunemente (**Aplausos**).

Sabemos de los que pretenden disfrutar de los bienes y prerrogativas del socialismo sin aportar nada o arreglándoselas para reducir al mínimo su cuota al patrimonio social.

No es por cierto sorprendente que entre los proclives a dejarse ganar por el derrotismo, figuren algunos de los que evaden enfrentar los problemas, más preocupados por conservar los cargos, en los cuales se han acomodado, que por las necesidades del pueblo al que deben servir (**Aplausos**).

Estamos persuadidos de que nuestra sociedad tiene pleno derecho a exigir responsabilidad a los que inculcan a sus hijos frívolas apetencias por las baratijas y los productos superfluos de las sociedades capitalistas de consumo (**Aplausos**) y los inducen a abandonar ilegalmente el país para engrosar las víctimas del paraíso de la droga, la violencia y la decadencia moral.

No somos ajenos tampoco a ciertas tertulias, donde presuntos bien enterados, que no conocieron en su propia carne las miserias del capitalismo, se erigen en fiscales y estrategas, y discurren soluciones instantáneas para todos los problemas habidos y por haber.

Sería deseable que tales sabios canalicen de modo adecuado y oportuno sus iniciativas, pero quisiera reiterar que —como señalamos el pasado 5 de agosto en Camagüey— el Partido cuenta, en primer lugar, con la energía, la combatividad y la intransigencia de los trabajadores, que deben luchar contra todas las manifestaciones de indisciplina; contra la extendida práctica de tolerancia, el sociolismo y el compadreo; contra las administraciones blandengues y algunas direcciones sindicales domesticadas; enfrentar a los propios trabajadores que son impuntuales, ausentistas, y combatir resueltamente toda manifestación de individualismo y deshonestidad en la administración de los bienes sociales.

En esa oportunidad repetíamos con Fidel, que la palabra de orden es exigencia (**Aplausos**), pero se trata de exigir de modo sereno y maduro y, sobre todo, de ajustar las cuentas, independientemente de jerarquías, a quienes violen la disciplina del trabajo, amparan lo mal hecho, son arbitrarios y tienen de la crítica y la autocrítica un concepto pequeñoburgués. O sea, a lo que podríamos añadir que personas de este tipo están de acuerdo con la crítica y la defienden abiertamente en cualquier lugar, siempre y cuando la crítica sea para otros (**Aplausos**).

Permítanme recordar además que, como señalamos en esa ocasión, en el contexto general de respaldo popular a los pronunciamientos del Partido y del compañero Fidel, no faltarán voces que tímidamente reclaman prudencia y advierten contra imaginarios excesos. No se trata precisamente de la gente más serena

y ponderada, sino de los timoratos de siempre que dudan de la capacidad del Partido para actuar de modo firme y reflexivo.

No se trata de realizar una campaña; no habrá excesos ni medidas improvisadas; no actuará el Partido movido por vehemencias y afanes pasajeros; pero tampoco serán escuchadas las voces que pretenden mediatizar este proceso, encaminado a poner algunas cosas en su sitio y recuperar algunos valores que han resultado seriamente dañados. La única voz que será escuchada es la del pueblo, que constantemente reclama soluciones eficaces y de largo alcance (**Aplausos**).

¡Hasta cuándo vamos a permitir que los problemas sin resolver hagan crisis para entonces dirigirnos al compañero Fidel, para que este se haga cargo de la situación y nos saque las castañas del fuego!

Por otra parte, con frecuencia constatamos una suerte de inmovilismo en cuadros de nuestro aparato administrativo y de las propias organizaciones políticas y de masas. Cabe preguntarse si al cabo de 20 años de ejercer el poder revolucionario y a pesar del vasto caudal de experiencias con el que contamos en la gestión política y de gobierno, y después del perfeccionamiento de nuestras estructuras como resultado de los avances del proceso de institucionalización, ¿no somos capaces todavía de asegurar que cada obrero, cada campesino, cada estudiante o soldado, hasta cada uno de los ministros y demás dirigentes del Estado y

del Partido conozca exactamente cuáles son sus facultades, obligaciones y tareas? (**Aplausos.**)

Y si respondemos afirmativamente esta interrogante, entonces, ¿por qué muchos retroceden cuando tropiezan con dificultades y se limitan a comentar con el más cercano que "la cosa está dura", en lugar de asumir de inmediato sus responsabilidades ya sean estas las de un sencillo trabajador o las de un funcionario o dirigente a cualquier nivel jerárquico? (**Aplausos.**)

O es que a 20 años del triunfo vamos a continuar la extendida práctica de esperar a que alguien nos compulse a cumplir con nuestro deber, o hablando con toda claridad: ¿hasta cuándo vamos a permitir que los problemas sin resolver hagan crisis para entonces dirigirnos al compañero Fidel, para que este se haga cargo de la situación y nos saque las castañas del fuego? (**Aplausos.**)

En esta batalla simultánea contra nuestras deficiencias y contra las dificultades objetivas que tenemos por delante, arribamos al vigésimo aniversario de la dolorosa pérdida que para la Revolución representó la desaparición de Camilo.

Hoy le vemos multiplicarse junto al Che en los centros de producción y de estudios que llevan sus nombres, y asistimos reconfortados al testimonio del homenaje que todo nuestro pueblo les tributa cada año, cada vez con una conciencia más precisa de su significado histórico, cada vez con mayor admiración y más profundo cariño.

En los tiempos que vivimos, nuestro homenaje a Camilo Cienfuegos será perdurable y fecundo si cada

uno de nosotros hace suyo aquel reclamo de Fidel a raíz de la muerte de Camilo: "Lo único que nosotros podemos pedirle a nuestro pueblo —dijo entonces— es que cada vez que la patria se encuentre en una situación difícil, se acuerde de Camilo (...) (**Aplausos.**) Cada vez que el pueblo vea momentos difíciles, cada vez que los hombres jóvenes, los campesinos, los obreros, los estudiantes, cualquier ciudadano, crea un día que el camino es largo, que el camino es difícil, se acuerde de lo que hizo él, se acuerde de cómo nunca, ante los momentos aquellos difíciles, perdió la fe" —concluía Fidel.

A las masas trabajadoras nos dirigimos esta noche; a ellas que, como señalara en memorable ocasión el compañero Fidel, fueron las que engendraron nuestras luchas y las protagonistas verdaderas de la epopeya revolucionaria.

A los millones de cubanos humildes que integran nuestro pueblo maravilloso de cuyo seno han surgido hombres como Camilo Cienfuegos, llamamos en nombre de nuestro Partido al combate; a fortalecer incesantemente nuestra capacidad combativa frente a las amenazas imperialistas; a erradicar nuestras deficiencias y resolver los problemas que dependen de nosotros; a encarar con el espíritu del Moncada, del Granma, del Ejército Rebelde y los luchadores clandestinos, de la lucha contra bandidos, de Girón, de las heroicas misiones internacionalistas, todas las dificultades y pruebas que se avecinan; a desbrozar nuestra marcha hacia el porvenir socialista de la pa-

tria de los pusilánimes, de los cobardes e indolentes (**Aplausos**).

A patentizar una vez más, con nuestra acción consciente, enérgica y creadora, que el apoyo del pueblo cubano a su Revolución es y será, como dijera Camilo en su último discurso, "tan alto como el pico invencible del Turquino" (**Aplausos**).

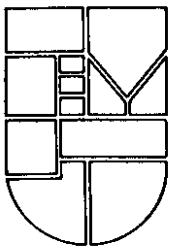
¡Gloria eterna al comandante Camilo Cienfuegos!

¡Hasta la victoria siempre!

¡Patria o Muerte!

(Exclamaciones de: "¡Venceremos!")

(**Ovación.**)



Este título se terminó de imprimir
en el taller Federico Engels, de la
Empresa Poligráfica. Unión de
Empresas de Medios de
Propaganda, adjunta
al DOR del CC
del PCC,
diciembre de 1979
"Año 20 de la Victoria"